



Ana Corvacho Yubero, 87 años.
Luna Muñoz Anula, 25 años.

Sueño entre tomillos

Podrías ser tú, o yo. Podría llamarse María, Julia o Carmen quizás. Pero es Ana Corvacho.

¡Cuántas veces hemos escuchado a lo largo de nuestra vida, que si una persona escribiera un libro de su propia vida se haría famoso!

Quizá porque casi todos pensamos en alguna ocasión que nuestra vida es especial o que está repleta de hechos y de acontecimientos increíbles que nos distinguen del resto y que nos hacen más interesante para nosotros mismos nuestra propia existencia. Precisamente son estos recuerdos los que nos hacen retener en nuestra memoria un pasado que vamos acrecentando y anidando en nuestro interior como oro en paño. Recuerdos que quedan dentro de nosotros, en ese interior en el que guardamos los más bellos recuerdos y vivencias que en ocasiones son meros detalles. Pero nuestros. Detalles que, a menudo, escondemos creyendo que resultarían absurdos para otros quizás si los contásemos. ¡Quién puede entenderlos sino nosotros mismos que los vivimos, que los sentimos en nuestro propio cuerpo!.

En Ana encontré ese valor, el de las pequeñas cosas, el de la sencillez. Desde el primer momento intenté imaginarme como sería, a través de su voz por teléfono, intentaba imaginar cual sería la historia tan emocionante de la me haría cómplice. ¿Cómo sería Ana?, ¿Qué historia querrá contarme?

Dormir entre tomillos en Aguilera -el pueblo en el que se crió-, pastorear con su padre, la verbena del pueblo, las castañas y las nueces en Navidad o las gachas que hacía su madre, son algunos de esos recuerdos y momentos que conserva Ana con una frescura pasmosa aún en su memoria.

Primero el recuerdo, el silencio, después la sonrisa, y luego su mirada que me dice, que me habla, que me cuenta sin ella pretenderlo, que me encuentro ante una mujer de gran bondad. Sus manos repletas de arrugas se abren y comienzan a moverse, rápidas y ágiles como si quisieran hablarme al tiempo de los recuerdos que se van agolpando en su cabeza, en la cabeza de Ana.

Los pinares de Soria, o el olor fresco de los tomillos cuando su padre la dejaba durmiendo mientras pastoreaba a las ovejas de "los señores", se quedó incrustado en la memoria de esta mujer como el más intenso de todos los recuerdos. "Eso es lo más bonito que hay" -me dice- mientras esboza de nuevo una sonrisa que evoca al recuerdo, una mirada doliente, unos ojos claros, intensos e intrigantes al tiempo. Sin decirlo, intuyo que el amor más grande que encontró Ana a lo largo de su vida fue el de sus padres, sus mejores recuerdos les incluyen siempre a ellos en sus palabras y en sus recuerdos. Un amor que entró a través de los ojos de esta mujer que rebosa una belleza que dudo que pudiera pasar inadvertida para nadie. A través de estos claros y dulces ojos, Ana descubrió la educación que sus padres le dedicaban y la que ella misma encontraba e interiorizaba en tiempos difíciles. Siempre valoró el esfuerzo infatigable de ellos que trabajaron durante todo el día, todos los días, de sol a sol y que pese a la falta de dinero y recursos nunca permitieron que el pan faltase para Ana y sus otros dos hermanos.



Alguien dijo una vez que el corazón de una mujer permanece lleno de secretos a lo largo de su propia vida. Ana quiso revivir aquel olor de los tomillos conmigo, me regaló su sonrisa, su carcajada limpia, su mirada tierna y cristalina al hablar de su niñez, pero prefirió no proseguir relatándome a partir del momento en el que se casó con su marido, ya fallecido.

Entendí entonces que Ana decidió regalarme un recuerdo bonito quizás, compartirlo, obviando los detalles más duros que prefería reservar para si misma. El trabajo y sus hijos fueron “los motores” de su vida.

Si hubiera tenido que elegir a mi pareja en este concurso no habría elegido a Ana me habría equivocado, habría menospreciado escuchar en primera persona el relato de una vida como la suya, el relato de una vida como probablemente será la mía, la nuestra. Como lo son todas en definitiva, una vida como tantas otras. Quizás habría elegido una que escondiese algún hecho emocionante o algún personaje famoso quizás. Algo que entrañase algo de fantasía, de emoción,... No lo sé. Pero después de estar con ella, al salir, sentí que empezar a escribir sobre Ana, me llenaba de emoción, sentí el cosquilleo de empezar a retratar aquella tarde, de empezar a retratar su mirada, la sabiduría que contenía, el olor fresco y jabonoso que desprendía,... Su sonrisa, sobre todo su sonrisa.

Lo importante de la vida

Lo primero que me vino a la cabeza, a solas ya, fue una pregunta que pudiera parecer absurda pero que no lo es: ¿Cuántas personas habrán dormido entre tomillos alguna vez en su vida arropadas por su padre? ¡Que estúpida fui! Entendí entonces, que la emoción, la intriga, la pasión o la fantasía no vienen dadas por las situaciones ni por los hechos, sino por las personas.

Ana vivió a lo largo de su vida experiencias duras que la marcaron profundamente como el fallecimiento de sus padres, la guerra civil, su viudedad, o el trabajo que tuvo que desempeñar después trabajando durante 16 horas al día en la Ciudad Universitaria de Madrid.

Aunque nunca fue al colegio, ahora podría decirse que lo hace asistiendo a las clases de Cultura general que se imparten en el Centro de Mayores de San Miguel, a las que “no falla nunca” todos los martes y jueves. Pese a ello se explica con una fluidez y agilidad verbal admirable a sus 87 años. Sin ningún pesar, mientras me mira fijamente a los ojos asegura que “ser una ignorante, y una paleta” la hizo aún más feliz en su niñez y juventud. En Ana encontré a una mujer que se descubrió ante mí con una sencillez y belleza interior envidiable.

Hoy en día se siente privilegiada y feliz de haberse educado como lo hizo, pese a las carencias y penurias por las que tuvo que pasar, especialmente en los tiempos de guerra y hambre que padeció. Los adelantos, la tecnología, los estudios y el trabajo no sirven de nada si bajo ese disfraz que buscamos ponernos de notoriedad, de ganas de triunfar, de lograr nuestras metas o de conseguir mucho dinero y de vivir holgadamente no se esconde una persona que haya sido bien educada. Integra y buena, sin duda como Ana.